

CONTRACORRIENTE HACIA UNA HISTORIOGRAFÍA NORTEAMERICANA ANTIIMPERIALISTA

EUGENIA MEYER*

Una frontera común que se extiende por miles de kilómetros y una historia que relata las violaciones, mutilaciones e intervenciones a nuestro territorio, podrían ser, quizá, las constantes que se manifiestan en las relaciones mexicano-norteamericanas, por lo menos hasta bien entrado el presente siglo.

Parecería que de alguna manera la proximidad geográfica con Estados Unidos se tornó para México en la espada de Damocles. Parecería, también, que el desarrollo como nación del poderoso vecino aquejó siempre al nuestro. En una primera fase sus ambiciones territoriales se tradujeron en el expansionismo, y en una segunda, más reciente, sus anhelos de control y dominio generaron la fase imperialista.

De una u otra suerte esta cercanía y trayectoria comunes marcan pautas determinantes en la vida de los dos países, que se reflejan de manera clara en la historia de cada uno. De allí también la presencia de uno y otro, si bien no a la par, en sus respectivas historiografías.

De la preocupación por lo exótico, lo salvaje, lo insalvable, los norteamericanos devendrán una producción historiográfica sobre México que resulta fundamental, tanto cuantitativa como cualitativamente (y aquí quizá habría que advertir que “calidad”, no significa veracidad o imparcialidad). Pese a la carga de intereses económicos, a los planteamientos políticos bien definidos y a la realidad de que muchas veces esta labor proviene del periodismo o de una tarea “por encargo”, esta producción historiográfica no deja de manifestarse como fundamental en el recuento que al respecto nos hacemos del interés o preocupación que tengan por lo nuestro, de la imagen que se tiene de nosotros, del impacto que causan sus juicios y, en fin, de la influencia de fuera que nos llega y la visión que hacia afuera se da de nuestro historial.

Las tres grandes revoluciones de México que han contribuido a la conformación de una nacionalidad y un Estado —la de Independencia en 1810, la de Reforma de 1857 y la democrático-burguesa de 1910—

* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

son también pautas, más temáticas que cronológicas, para advertir el interés y la preocupación norteamericanos por México.

Con cada nuevo movimiento popular se confirmaba la visión anglosajona protestante y predestinatoria que condenaba nuestro proceso histórico.¹ A cada nuevo tropiezo, los norteamericanos reconfirmaban y remachaban su pesimista —casi fatalista— pronóstico sobre nosotros. Y sin embargo seguían observando con curiosidad, asombro, sorpresa o desencanto lo que pasaba en esta sureña república.

Un recuento generalizado y somero mostraría que la historiografía norteamericana sobre la Revolución de 1910 es, sin duda, la más fecunda, trascendente y significativa de toda la escrita con anterioridad por ellos mismos. Desde la perspectiva mexicana, es también esta historiografía la más sobresaliente de las que se hayan escrito en el extranjero sobre este periodo y el anterior a él, por la conciencia histórica crítica que genera en Estados Unidos.² Las razones de su interés son múltiples; las condiciones en que se desarrolla —como consecuencia del acontecer propio o con mira telescópica hacia el nuestro— varía de acuerdo con el periodo histórico, así como con los intereses económicos y políticos que dicta el gobierno estadounidense en turno.

Tal historiografía relata, informa, deforma, interpreta, juzga y finalmente analiza la vida mexicana desde diferentes ángulos. De la condena se pasará a periodos de comprensión hasta finalmente convertir a nuestra revolución en la “Revolución preferida”³ de América Latina; sobre todo luego de los tropiezos y sobresaltos que la Revolución Cubana le ocasionó a su política internacional, especialmente a partir de la Primera Declaración de La Habana en 1961.⁴

Pero llegar a convertirla en el tema preferido de disertaciones doctorales, de *best-sellers*, y en fuente de elementos de interés popular o romántico para la cinematografía hollywoodense, no fue una tarea fácil o rápida. De hecho es la consecuencia lógica, bien planeada, de la política norteamericana que ya no sólo está orientada hacia el derecho de exclusividad sobre México sino sobre el resto de la América nuestra.

¹ Véase Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Editorial Porrúa y Obregón, 1953 (Col. México y lo mexicano, 13). México, Antigua Librería Robredo, 1955 (Col. México y lo mexicano, 22)

² Cf. Eugenia Meyer, *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970 (Serie Historia, 22).

³ Véase Stanley Ross, México, “La revolución preferida”, en *Anuario de Historia*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, v. 11, 1961.

⁴ El 16 de abril, al pronunciar un discurso en el sepelio de las víctimas del bombardeo a los aeropuertos de Ciudad Libertad, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba por aviones procedentes de los Estados Unidos, Fidel Castro declaró el carácter socialista de la Revolución Cubana. El 16 de abril se inició la invasión a Playa Girón que sería aplastada dos días después, el 19 de abril. Véase Fidel Castro, *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, ICL, v. 1. 1976.

Porque, en última instancia, hablar de la historia, de la historiografía mexicana, es hablar, en forma simultánea, de los intereses, historias e historiografías latinoamericanas.

Por ello quizá resulta aun más justificable la búsqueda de las razones y las raíces de otra historiografía norteamericana contemporánea: la antiimperialista, que a todas luces navega a contracorriente, amenazada siempre por el naufragio, pero sostenida en una loable acción de salvamento y solidaridad con Latinoamérica. Esta posición de defensa a la autodeterminación y soberanía nacionales se manifiesta con la denuncia de la política y de las intrigas de su gobierno. Y si bien las obras que asumen esta posición son pocas, no por ello dejan de convertirse en honrosas instancia singulares que por derecho propio se ganan un lugar preeminente en la historiografía norteamericana.

Las escasas muestras de esta actitud, ya sea como manifestación periodística o con fines propiamente históricos, parecen surgir como un finísimo hilo que se resiste a integrarse al complejo ovillo de la historiografía tradicional, y enarbolan, por su particularidad, un estandarte antiimperialista, profundamente crítico del proceder político de Estados Unidos.

Si bien es cierto que en el pasado la historiografía norteamericana, y la anglosajona en general, fueron determinantes para la comprensión de nuestra historia, también lo es que la que se genera en nuestro siglo, da muestras de una extraña y sospechosa descomposición con definidos visos justificatorios o difamatorios, que en más de una ocasión la hacen parecer tendenciosa y no por casualidad ligada a intereses al servicio de las grandes empresas monopólicas con capitales invertidos en México.

En el pasado, los viajeros extranjeros que llegaron a nuestro país “descubrieron” nuestra naturaleza y nuestra riqueza, con lo que dieron un vasto panorama de posibilidades al expansionismo, al colonialismo y al imperialismo mundiales. En los albores del siglo XX parece que esta condición empezó a cambiar: no era ya gente a la manera de Prescott o Humboldt —que estudiaban en forma pormenorizada— ni a la manera de los Brancroft —que financiaban una obra monumental aunque desapareja—, sino hombres y mujeres que “descubrieron”, en medio del esplendor casi decadente del Porfiriato, condiciones de vida y circunstancias particulares que emanaban de la gerontocrática dictadura. En las obras que se publicaron, tanto antes como después de la caída de Díaz, se dejó sentir de inmediato una añoranza por la estabilidad que el sistema había creado; sin embargo, afloraban el malestar y las tensiones nacionales. Unos defendieron al viejo dictador, lo cubrieron de atributos y bondades; mostraron, o al menos preten-

dieron hacer creer a los ojos de propios y extraños, que México, finalmente, había alcanzado la paz y la estabilidad. Otros más agudos vieron en el oropel ciudadano ecos de una generalizada insatisfacción, y poco a poco empezaron a comprender que el régimen agonizaba.

Fue precisamente en los estertores del Porfiriato cuando empezó a despuntar una historiografía que pronto se convertiría en antiimperialista. Con la influencia de artículos periodísticos de hombres como Turner y Reed —artículos convertidos luego en libros publicados a destiempo,⁵ cuando la demanda publicitaria lo pedía—, algunos norteamericanos se aprestaron a formar, frente al grupo tradicionalmente servil a la causa política de Estados Unidos, otro grupo que, aunque minoritario, no dejaba de ser altamente combativo.

La lucha revolucionaria en toda su intensidad atrajo a un sinnúmero de periodistas, intelectuales o meros observadores. Por un lado parecería que esta guerra civil corroboraba la vieja idea de la incapacidad latinoamericana para el autogobierno: otra revolución más, otro golpe de estado o cuartelazo, sin matices, ni diferencias, todo igual, de nueva cuenta. . .

Frente a esta actitud surgió un grupo que observaba y analizaba el proceso desde sus condiciones intrínsecas, es decir, como a un movimiento profundamente popular —cuyas demandas iban más allá de las meras soluciones políticas temporales— que pretendía transformar los sistemas de explotación de la tierra, ubicar o reubicar al proletariado y en última instancia, quizá también, corregir los rumbos equívocos de un capitalismo dislocado, sin sustituirlo por otra alternativa nacional.

Desde la fase precursora con los Flores Magón, desde el planteamiento democrático de Madero, pasando por la reacción y la intensa lucha de clases generadas por el huertismo; desde la generalización de un movimiento francamente popular en 1913, con los campesinos —despojados o desarraigados— levantados en armas, hasta la singular lección parlamentaria de la Convención de Aguascalientes y el esfuerzo de legitimización de Carranza al convocar al Constituyente de 1916, en todo momento, a lo largo de este complejo proceso que tanta sangre y vidas costó al país, un minúsculo grupo de norteamericanos estuvo presente y fue siempre solidario con la Revolución al entender nuestra lucha e identificarse con ella.

Es indudable que no podía aprehender en toda su magnitud el proceso mismo. Es cierto también que la prensa norteamericana pagada por los intereses del capital monopólico, e incluso la propia contrarrevolu-

⁵ Primero aparece el libro de J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, Chicago, C.H. Kerr Hignins, 1911. La obra de John Reed, *Insurgent Mexico*, fue editada años después (New York and London, D. Appleton and Co., 1914).

ción, en ocasiones debilitaban los argumentos que ellos esgrimían; pero también es cierto que no hubo momentos de duda en estos hombres que tomaron la causa mexicana como propia y que legaron a las generaciones futuras testimonios de claridad y honestidad ideológica.

Hablar de ellos es referirse de inmediato a dos aspectos que han condicionado el desarrollo histórico de Estados Unidos: su política imperialista y el peculiar desarrollo de su movimiento socialista. Muchos historiadores norteamericanos reconocen que su país ha sido expansionista, pero no imperialista. De hecho, al referirse al término "imperialista", advierten que éste tiene diversas acepciones y que su significado puede ser muy variado.⁶ Reconocen, sin embargo, que el imperialismo es una práctica en tanto que el colonialismo fue una actitud ideológica. Aceptan que el carácter imperialista de la política norteamericana está íntimamente ligado a su sentido misional. Así lo veía, por ejemplo, Teodoro Roosevelt al advertir que los norteamericanos deberían ir a la vanguardia del progreso. Así también Wilson, que esgrimando la bandera de la democracia, generó toda una política proteccionista hacia América Latina, sustentándola siempre en principios democráticos —a la manera norteamericana— que la justificaba.

En el expansionismo norteamericano pueden determinarse dos grandes momentos: uno que comenzó en 1803 y concluyó en 1853 y otro que principió a fines de la Guerra Civil estadounidense. El primero obedecía a un crecimiento interno, a campo traviesa, de este a oeste; dos guerras lo caracterizaron: una contra Inglaterra (1812-1814) y otra contra México (1846-1848). Esta última pocas veces ha sido reconocida por los norteamericanos como invasión. De hecho, aunque en ambas estuvieron involucrados sus intereses expansionistas, a nuestro país esta "empresa misional" le costó casi la mitad de su territorio. Poco tiempo después, Estados Unidos logró la anexión de La Mesilla, con lo que completaron su tarea expansionista, pese a que en 1859 se elaboró en el seno de su Congreso una propuesta que pretendía la apropiación del resto de México. Este primer momento expansionista concluyó con la Guerra Civil, durante la cual se reafirmó el significado del "Destino Manifiesto" de su nación. Al término de la Guerra Civil, Estados Unidos adquirió Alaska y fue entonces cuando principió el segundo periodo en el que no solamente hubo una preocupación por extender sus fronteras, sino que abiertamente se consolidó con el de Inglaterra,

⁶ Cf. John Braeman, Robert H. Brenner, editores, *Twentieth Century American Foreign Policy*, Ohio, Ohio State University Press, 1971; Arthur A. Ekirch, Jr., *The Decline of American Liberalism*, New York, Atheneum, 1969; K. T. Fan y Donald C. Hodges, editores, *Readings in U. S. Imperialism*, Boston, Mass., Porter Sargent Publisher, 1971.

Francia y Alemania, así como con el despertar expansionista del Japón.

El crecimiento de Estados Unidos entre 1898 y 1920 fue francamente imperialista, basado en la necesidad de exportación de capitales. Encauzando la insurrección popular, surgida previamente, obtuvo la independencia de Cuba, luego de la guerra sostenida contra España. En 1904 promovió y apoyó un gobierno dependiente en Panamá. En 1915 convirtió a Haití en un virtual protectorado y así, subsecuentemente, siempre justificándose de diversas maneras, logró penetrar en Nicaragua, Honduras y la República Dominicana.

En 1917 Estados Unidos compró a Dinamarca las Islas Vírgenes; con esta compra demostró que el expansionismo también se logra mediante transacciones comerciales. Renta algunas islas a Nicaragua con el pretexto de proteger la entrada caribeña hacia el Canal de Panamá y así consiguió que el Caribe se convirtiera en un gran "lago norteamericano".⁷

El hecho de que ocupara temporalmente algunos territorios no debilita su carácter imperialista sino, por el contrario, enfatiza las peculiaridades de dicho imperialismo. Pero hay que resaltar que el imperialismo norteamericano, a diferencia de otros, no construyó un sistema colonial. Fue lerdó en contemplar esa posibilidad: estimó que los territorios ocupados, comprados o anexados, deberían convertirse eventualmente en estados de la Unión. Como ejemplo puede citarse lo sucedido en Alaska, Hawai, e incluso Puerto Rico.

Si bien no logró integrar un sistema civil o instituir condiciones educativas que permitieran continuar con la tradición imperial, sí pudieron desarrollar una política cultural mucho más devastadora que la alemana o británica. Para integrarse a la Unión, para convertirse en *verdaderos* estados norteamericanos, las colonias sufrieron una transformación cultural que, con frecuencia, se manifestó en la destrucción o el exterminio de los valores propios. Ignorar o destruir las culturas de origen se justificaba por la necesidad de "americanizar" con rapidez y eficiencia a los colonizados.

Como ningún otro, el imperialismo norteamericano ha logrado establecer en su zona de influencia un sólido sistema económico cuya dependencia de la penetración capitalista ha sido verdaderamente notable. Sin embargo, todo imperialismo carga con sus propias contradicciones; así, por ejemplo, cuando Woodrow Wilson se refería a nuestra América Latina, hablaba de salvarla y de la misión inherente de defen-

⁷ Robin W. Winks, "Imperialism", en *A Comparative Approach*, *op. cit.*, p. 286.

derla y de propagar en sus pueblos la democracia al mismo tiempo que intervenía para “enseñarla a gobernarse”.

Casi paralelamente a la antes olvidada segunda fase del imperialismo norteamericano, se desarrolló, dentro del país, un movimiento político con tendencias marxistas que, a diferencia del que se daba en la mayoría de los países altamente industrializados, en Estados Unidos no alcanzó proporciones significativas.

Sin duda, el carácter nacional, las diferentes tradiciones y los problemas o condiciones particulares de cada nación, han creado variaciones propias del desarrollo del socialismo. En el caso de Estados Unidos,⁸ los sindicatos u organizaciones laborales no han desempeñado un papel importante al respecto; por el contrario, han apoyado a los dos partidos políticos mayoritarios, especialmente al Partido Demócrata.

A principios del siglo, el Partido Socialista, bajo la dirección de Eugene V. Debbs, parecía destinado a convertirse en una fuerza determinante de la política nacional. Hacia 1910 había alcaldes socialistas en 33 ciudades, de entre las cuales las más importantes eran: Nueva York, Milwaukee, Wisconsin, Berkeley, y otras. Varias legislaturas estatales, especialmente la de Nueva York y las del medio oeste, contaban con representantes socialistas.

En 1912 Debbs aparece como candidato presidencial y obtiene el 6 por ciento del voto popular; pero el Partido Socialista fracasó en su propósito de seguir creciendo. Después de la Primera Guerra Mundial se fraccionó hacia la derecha y hacia la izquierda. Varios de sus miembros distinguidos lo abandonaron por estar en desacuerdo con su política de oposición a la guerra. En 1919 la fracción comunista del partido se independizó, y precisamente a partir de esta fecha empezó el declive de los socialistas, quienes no lograron atraer suficientes votos para convertirse en una fuerza política significativa, pese a que hubo hombres como Norman Thomas, seis veces candidato socialista a la presidencia. Sin embargo, y a diferencia de otros países, el movimiento socialista norteamericano no ha tenido una influencia decisiva debido, en parte, a que no ha contado con organizaciones revolucionarias e independientes que ejerzan el papel dirigente.⁹

De hecho, el “antisocialismo” se desarrolló en Estados Unidos desde los mismos albores del socialismo. La permanencia de un pensamiento antimarxista en la ideología norteamericana, tanto entre los

⁸ Véase: Bernard Bailyn, David Brion Davis, *et al.*, *The Great Republic*, Lexington, Mass., Toronto, D. C. Heath and Company, v. 11, 1977, y David A. Shannon, “Socialism and Labor”, en *A Comparative Approach*, *op. cit.*

⁹ Cf. David A. Shannon, “Socialism and Labor”, *op. cit.*

liberales como entre los conservadores, constituyó, sin duda, la más fuerte resistencia contra la propagación de las ideas socialistas.

Incluso podría advertirse que el sistema bipartidista de la política norteamericana es un escollo más para el desarrollo del socialismo. Por más de un siglo, desde que el marxismo se concibió, Estados Unidos ha estado gobernado por demócratas o republicanos. En sí, ambos partidos representan una coalición de organizaciones locales, estatales y regionales. Más que un planteamiento ideológico de su origen y naturaleza, ambos partidos representan una tradición y una serie de ventajas prácticas que les dan fuerza y justifican su existencia.

En innumerables ocasiones, sea la campaña antirradical de los años veinte, sea el franco anticomunismo macartista de los cincuenta, la sola consideración o contemplación de principios socialistas se ha identificado como una posición antiamericana. Quizá esta situación obedezca a la falta de raíces comunes en los norteamericanos y al hecho de no contar con una historia ancestral que pudiesen compartir.

Debe recordarse que la nueva nación en la que se convertirían las trece colonias, de hecho no tuvo un pasado feudal, con la significativa excepción de la esclavitud negra, que por su carácter puede entenderse como la única experiencia de ese tipo previa a la conformación capitalista de Estados Unidos. Además, el rápido crecimiento de la nación y de su economía, a principios de siglo, le daban un carácter especial. Otro factor significativo podría ser el que generalmente la economía norteamericana ha necesitado de mano de obra, y a diferencia de otros países que han sufrido constantemente del desempleo, esta peculiaridad provocó una movilidad en salarios y trabajos ventajosa para su clase trabajadora. En ese sentido el movimiento socialista no se arraigó en el proletariado norteamericano.

Quizá si Debbs y la Unión Ferroviaria hubieran ganado la huelga de 1894 y hubieran vencido la oposición de Samuel Gompers —quien entendía el sindicalismo como “puro y simple”, como sindicalismo de empresa, y le daba más importancia al trabajo y al salario que a la creación de una conciencia de clase o a la de una ideología política—; quizá, también, si la organización laboral de corte anarcosindicalista, la Industrial World Workers, hubiera podido enfrentarse en 1905 a la American Federation of Work, de Gompers, entonces el movimiento socialista hubiera tenido más fuerza.¹⁰

Finalmente, en esta consideración de posibilidades, si el movimiento obrero norteamericano hubiera estado realmente organizado a principios de la Depresión, como lo estuvo en los últimos años de los treinta,

¹⁰ David A. Shannon, *op. cit.*, p. 273.

quizá la historia del socialismo norteamericano hubiera sido diferente. A la etapa determinante y sobresaliente del desarrollo del socialismo norteamericano pertenece un grupo de periodistas e intelectuales que escribieron para apoyar la causa antiimperialista. Sin duda estos hombres, ocupados y preocupados con la política de su país, no podían permanecer ajenos al acontecer mexicano. Si bien es cierto que Estados Unidos dedicó en sus actividades hemerográfica y bibliográfica grandes espacios y esfuerzos a la lucha revolucionaria en México, también es cierto que esta especial atención decreció a partir de su participación, desde 1917, en la Primera Guerra Mundial y a partir, naturalmente, del estallido de la gran Revolución de Octubre. Existió una persistente campaña periodística pagada por las empresas y monopolios norteamericanos que, horrorizados, fomentaron campañas de descrédito contra México, con el propósito de defender sus inversiones en nuestro país y propiciar y justificar una intervención armada que les permitiera seguir usufructuando de la riqueza y el patrimonio nacionales. Frente a esta campaña resaltó la tenaz y decidida labor de algunos periodistas liberales o francamente comprometidos con la causa socialista que defendieron a México en el foro norteamericano; denunciaron las sucias maniobras de su país e incluso, basándose en una serie de cargos concretos, atacaron abierta y valientemente a Woodrow Wilson y a su política justificatoria del intervencionismo.

En 1919, el Senado norteamericano ordenó nuevamente a Albert B. Fall que encabezara el Subcomité del Investigación sobre las condiciones en que vivían los norteamericanos en nuestro país¹¹ y sobre los daños que habían sufrido en las poblaciones fronterizas así como las infracciones a las leyes de neutralidad; Fall aconsejó de nueva cuenta una ocupación militar en caso de que México se negara a pagar una desorbitada cifra (500 000 de dólares) por daños causados durante las "revoluciones" a las propiedades norteamericanas, especialmente a las petroleras.¹²

Los múltiples esfuerzos del gobierno mexicano y la clara y definida política nacionalista de Carranza,¹³ no parecieron tener la fuerza sufi-

¹¹ Véase Bertha Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1971 (Nueva Serie, 12).

¹² Albert Bacon Fall (1861-1944) tuvo una larga carrera como senador por el estado de Nuevo México. Sirvió en el Congreso norteamericano hasta 1921 en que renunció para convertirse en secretario de Estado durante la administración de Warring G. Harding. Por haber aceptado un soborno de \$100 000 al ayudar a las compañías petroleras a obtener ciertas concesiones en Wyoming y California fue encarcelado por un año y un día.

¹³ Véase el estudio de Douglas W. Richmond, "El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos. 1915-1920", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. xxvi, n. 1, julio-septiembre de 1976.

ciente para detener esta nueva campaña promotora de otra intervención violatoria de nuestra soberanía nacional. Fue entonces, precisamente, cuando salieron a la luz algunos libros de protesta. Libros que intentaban despertar la conciencia de la opinión pública de Estados Unidos y demostrar cómo toda la política hacia México estaba apoyada en los intereses de los grandes monopolios.

Era, quizá, una forma de protesta, una llamada de atención para que el pueblo norteamericano no se dejara sorprender por la insidiosa campaña, y un reconocimiento del derecho de México a su autodeterminación. Era, también, una última llamada de apoyo a la reconstrucción del país.

Con espacio de unos cuantos meses, entre 1919 y 1920 se publicaron *Intervention in Mexico*,¹⁴ de Samuel Guy Inman; *The Plot against Mexico*,¹⁵ de Leander J. de Bekker, y, a manera de corolario, el libro de John Kenneth Turner: *Hands off Mexico*.¹⁶ En los tres casos se distingue la pluma del periodista que conoce la historia y las circunstancias de nuestro país. En los tres hay una angustiada petición de comprensión hacia México y de lucha contra la influencia de los intereses particulares de algunos norteamericanos en la política de Estados Unidos para con México. Cada uno de ellos entiende, a su manera, que la nueva Constitución de 1917 pone coto definitivo a las ambiciones norteamericanas, sea en la explotación de los recursos del subsuelo o la posesión de la tierra.

Inman advierte que hay una serie de razones por las que se malentende a México: en primer lugar porque existe un total desconocimiento de su geografía y de su historia, lo cual se traduce en una ignorancia de la realidad de su población, que se pone en evidencia con aquella expresión tan generalizada de que los mexicanos “son un montón de indios que nunca han hecho nada por ellos mismos, ni por los demás y que nunca lo harán”.¹⁷ Por ello mismo, dice, los norteamericanos no entienden la Revolución y desconocen las diferencias psicológicas existentes entre el carácter anglosajón y el latino. Igualmente reconoce que resulta imposible separar la “cuestión mexicana” de los intereses políticos y económicos norteamericanos, y señala, no sin ironía, que: “resulta por demás complicado que este país, maravillosamente rico en recursos nacionales, pero atrasado en sus posibilidades de autodesarrollo, esté puerta con puerta con la nación más pode-

¹⁴ Samuel Guy Inman, *Intervention in Mexico*, New York, G. H. Doran Company, 1919.

¹⁵ Leander de Bekker, *The Plot Against Mexico*, New York, Alfred Knopf, 1919.

¹⁶ John Kenneth Turner, *Hands off Mexico!*, New York, The Kard School of Social Studies, 1920.

¹⁷ Inmán, *op. cit.*, p. 3.

rosa de la Tierra. Estamos particularmente interesados en México, porque su estabilidad afecta nuestros bolsillos”.¹⁸

En ese sentido, Inman entiende a México como víctima del capitalismo extranjero, el cual se aprovecha de su desorden interno, e incluso lo alienta, ya que siempre se encuentra deseoso de mantenerse asociado con cualquier gobierno que le permita explotar sus riquezas y el trabajo de sus pobladores. Reconoce también las ventajas que los intervencionistas han obtenido de la subordinación del pueblo mexicano, de su ignorancia y del hecho de que habiéndole prometido grandes cambios, no los haya cumplido.

Inman ve en la Revolución un proceso similar al que experimentó Estados Unidos luego de su Guerra Civil. Por ello avala y acepta el desarrollo mismo que la lucha revolucionaria ha generado. Insiste en que son dos los propósitos a los que debe encauzarse el nuevo gobierno: la libertad económica y el restablecimiento de la Constitución, y es en beneficio de esta reconstrucción que exhorta a los norteamericanos a la no intervención. Reconoce los avances sociales logrados como las elecciones libres, la liberación de los peones, el mejoramiento de las condiciones del trabajador, la aplicación de las reformas dictadas en contra de los intereses de la Iglesia, el incremento del número de empleados públicos y sobre todo, la participación de la gente joven en la vida pública. Todos estos beneficios, dice el autor forman parte de una verdadera revolución social. Al fin los mexicanos han decidido cambiar la ruta de su destino que por cuatro siglos los rigió. De manera concluyente advierte que luego de la destrucción se ha iniciado la fase reconstructiva y es en esta difícil etapa en la que nosotros, dice, “debemos tener paciencia con un pueblo débil y debemos ayudarlos a acelerar su proceso de construcción nacional”.¹⁹

Analiza los pormenores de la historia común entre ambos países y finalmente, a manera de pronóstico, se refiere al futuro de nuestras relaciones. Al respecto hace énfasis en el hecho de que no se nos ha brindado una verdadera ayuda para nuestro desarrollo social y educativo; que acaba de terminar una verdadera revolución social y que ello no puede ignorarse. Por esto dice que: “el mayor problema para los mexicanos es desarrollar un carácter propio, para lo cual requieren de la ayuda de todos sus amigos”.²⁰

De ninguna manera justificaría una intervención armada, o meramente diplomática. Contribuir, dice, a resolver los problemas significa extender la ayuda en la educación, y en la creación de un amplio senti-

¹⁸ *Ibidem*, p. 10.

¹⁹ *Ibidem*, p. 79.

²⁰ *Ibidem*, p. 205.

do nacionalista de carácter universal. Hay que dejar de lado los intereses individuales y mezquinos. Los Estados Unidos sólo podrían intervenir con su colaboración en la resolución de los problemas educativos, técnicos, industriales, de agricultura y sanidad.

Si el llamado de Inman resalta la visión del liberal norteamericano, el que hace De Bekker en su *Plot against Mexico* se convierte en un claro “yo acuso” al intervencionismo norteamericano y a las ventajas que la ocupación podría traerles.

Para De Bekker, más comprometido políticamente, la conjura contra México había sido elaborada por Woodrow Wilson, y por ello pretendió que su libro presentara a la opinión pública norteamericana “toda la verdad, de manera que no se les pueda llevar a una guerra injusta, provocada por un montón de ambiciosos aventureros capitalistas”.²¹

De Bekker llegó a México en los primeros meses de 1919 como corresponsal del *New York Tribune*. Le tocó un país que recobraba su paz luego de la guerra y en el que los campos petroleros y las minas retomaban su marcha. Como la nueva Constitución había impuesto limitaciones, a través de su artículo 27, a los inversionistas extranjeros, éstos pretendieron efectuar, apoyados por Wilson, una ocupación militar, para “pacificar nuestro país”. Sin embargo, advierte con agudeza: “podría ser que la conjura contra México se transforme en un gran fiasco y que todo el tinglado que han construido sea tan débil que sólo repercutiría en detrimento de los propios intereses norteamericanos”.²²

Para De Bekker, la Revolución había dado paso a un proceso evolutivo. Reconocía que toda guerra se convierte en una empresa muy costosa; por ello es que el saldo de la nuestra aún permanece sin liquidarse. Quizá así pueda explicarse el retraso que México ha tenido en el cumplimiento de sus compromisos financieros. Por este atraso es que México no podía afrontar una nueva intervención; en cambio necesitaba apoyo interno y externo para reconstruir sus fuentes de trabajo, para acelerar su desarrollo y su crecimiento. Necesitaba de la ayuda de otros países, la que, de ninguna manera, podría traducirse en la interferencia de aquéllos en nuestros asuntos políticos.

De Bekker, de nueva cuenta, y retomando el planteamiento liberal de Inman, insistió que, con el advenimiento de la paz a un país se requiere la construcción de un sistema educativo, de otro agrario, y, en fin, de todos aquellos que puedan sentar las bases de una economía sólida.

²¹ Bekker, *op. cit.*, p. 7.

²² *Op. cit.*, p. 49.

A manera de epílogo, y quizá de forma más comprometida que otros autores —por su abierto enfrentamiento a la historiografía que “por encargo” condenaba nuestra vida interna e instigaba a la intervención—, De Bekker concluyó una serie de documentos que comprometían al Senado y en especial a Fall. Con ellos acusaba a los grandes intereses petroleros y a las poderosas compañías de intervenir e influir en las decisiones que defendían la intervención en nuestro país, impulsadas, principalmente, por el senador Fall. Nuevamente surgió la preocupación de informar a la opinión pública norteamericana de la realidad de los hechos. Nuevamente hay una inquietud por desenmascarar a los hombres de negocios y a sus verdaderas intenciones para con México.

Si el propósito de estos periodistas resulta encomiable y digno de un análisis más profundo, el caso de John Kenneth Turner llena todo un capítulo aparte en la historiografía sobre México. Turner, periodista comprometido con los magonistas, intrigado e incrédulo, viajó a México y observó la realidad circunstancial para luego denunciar el sistema de explotación y esclavitud que una parte de los mexicanos vivía. Fue el socialista valiente y decidido que no se dejó amedrentar por la acción en su contra del gran emporio periodístico de Hearst; fue el intelectual que denunció los planes de una intervención armada en los primeros años de la Revolución; fue el mismo que escribió, una y otra vez, para atacar desde un periódico las maniobras del gobierno norteamericano, la sucia política y las intrigas de Woodrow Wilson, la complicidad del Senado de su país y, sobre todo, la forma en que las grandes empresas y monopolios internacionales hacían de las suyas en México. No cabría aquí hacer referencia a la fecunda tarea que en favor de nuestro país realizó Turner a través del órgano de los socialistas, el *Appeal to Reason*. Páginas y páginas de una apasionada defensa constituyen su tarea periodística. No era ya el joven impetuoso del *Barbarous Mexico*, pero seguía siendo el minucioso periodista de todos los tiempos. El conocimiento que tenía del acontecer mexicano sigue sorprendiendo. Estuvo varias veces en el país; fue testigo directo de la Decena Trágica, lo que por poco le cuesta la vida, gracias a la deliberada negligencia del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson. En Estados Unidos y, por más de un decenio, dedicó su tiempo profesional y su compromiso político a la causa mexicana.

Mención aparte merecen dos de sus escritos: uno periodístico y otro más formal que apareció en 1920 como libro. El artículo periodístico, “What we should do about Mexico?” no se publicó en el órgano de los socialistas, sino en la revista *The Nation*, el 13 de diciembre de 1919. Poco después, el Kard School of Social Studies publicaba el mismo argu-

mento del artículo antes citado, el cual, ampliado y complementado con mayor información, apareció como *Hands off México!*

El argumento es recurrente: habla de la prensa norteamericana que estaba al servicio de los intereses de los grandes consorcios norteamericanos; esta prensa malinformaba y distorsionaba la realidad. Sus artículos sólo pretendían inclinar la opinión pública en favor de una intervención con el pretexto de “proteger las vidas de ciudadanos norteamericanos”, aunque al respecto Turner advertía, con ironía, que muchos más norteamericanos morirían en el campo de batalla que el total de los que en ese momento residían en México.

Decía Turner con energía: “el gobierno mexicano actual no mata a los norteamericanos, ni incita a su gente a hacerlo (. . .) Si se consideran nuestras diversas invasiones, la ausencia de motines antinorteamericanos no deja de ser asombrosa. . .”²³ Para avalar su punto de vista insistía en evocar las diversas invasiones como la de 1914 en Veracruz y la llamada expedición punitiva de 1916. Y agregaba que no podía olvidarse tampoco el número de asesinatos de mexicanos efectuados en Estados Unidos, gente que cruzó la frontera buscando refugio y protección. Recordaba a sus lectores:

lo que nos piden los intervencionistas, es que sacrifiquemos las vidas de norteamericanos, con el pretexto de protegerlos. Es obvio que a los intervencionistas no les importan las vidas norteamericanas como tales, que la protección de las vidas norteamericanas no es el verdadero problema. La fuente principal de la propaganda intervencionista no es una institución caritativa ni humanitaria, sino una asociación de la banca, la minería y otras empresas cuya principal razón de existir es hacerse de ganancias propias.²⁴

Los argumentos de los intervencionistas parecían válidos: restaurar el orden, limpiar el país de bandidos y sobornadores, darles a los mexicanos un buen gobierno y mejorar su economía. Supuestamente estos principios inspiraron la tarea de la Doctrina Monroe y sus obligaciones internacionales. Entonces Turner, con cierta impaciencia, se preguntaba:

¿cómo restaurar orden en un país al que no somos bienvenidos? Todos los patriotas mexicanos se volverían “bandidos” y tendríamos que recurrir a métodos atroces para exterminarlos. ¿Cómo instaurar un gobierno estable, mediante una guerra de conquista? . . . Por qué no dejar a Carranza cumplir con su cometido. Por qué volver a repetir las historias nefastas de

²³ John Kenneth Turner, “What we should do about Mexico?”, *The Nation*, New York, v. 109, núm. 2839, 13 de diciembre de 1919. Publicado en México con el título “Por qué debemos dejar solo a México”, en *El Universal*, México, 21, 22, 23 diciembre del mismo año.

²⁴ *Ibidem*.

gobiernos despóticos militares como los de Haití y Santo Domingo, en donde no hay libertad de palabra, ni de prensa, ni libertad política de ninguna especie. En Nicaragua, a la que hemos controlado absolutamente desde 1912, las condiciones son igualmente malas (. . .) La única forma que hemos encontrado para mantenerlos estables, ha sido teniendo siempre a la población bajo nuestros cañones. Las elecciones nicaragüenses, tal como son supervisadas por las fuerzas norteamericanas, son una farsa tan grande como las elecciones escenificadas en México en los días más oscuros del despotismo de Díaz. ¿Cómo entonces enseñar honestidad a un pueblo, cuando nuestro gobierno es deshonesto? Cómo combatir una política que es popular en los grandes círculos de negocios y dentro de los partidos Republicano y Demócrata (. . .) que se esconde bajo el nombre de la Doctrina Monroe, a veces llamada la “nueva” Doctrina Monroe, que obligaría a América a tomar este rumbo.²⁵

Trataba de convencer a la opinión pública de su país de que la invasión a México sería un acto irreflexivo, provechoso únicamente para los inversionistas, en detrimento de la seguridad y paz sociales, por lo cual no valía la pena “arriesgar el pellejo”. Y les recordaba que para cada razonamiento intervencionista existía una amplia gama de respuestas en contra, como las cifras de vidas inútilmente sacrificadas, los grandes dispendios monetarios y las innumerables pérdidas materiales.

Decía Turner que no podría existir un problema mayor que una guerra contra México. Si en dos ocasiones anteriores, en lo que iba del siglo, sin previa declaración de guerra, Estados Unidos había invadido a México, esto no quería decir que los mexicanos estaban dispuestos a aceptarlo nuevamente. Turner levantaba una y otra vez su voz de protesta contra la actitud de los petroleros que veían en México un arsenal no explotado de posibilidades y riquezas. Por esta última situación, Wilson, al servicio de estos grandes monopolios, sólo servía de instrumento a la política imperialista.

Mientras le dice al pueblo norteamericano una cosa, al mexicano le informa de otra; de que, mientras el opositor al intervencionismo puede encontrar una completa vindicación de su posición, en las palabras de Wilson, el intervencionista puede encontrar una vindicación igual de completa desde su oposición en otras palabras de Wilson; cada cita de Wilson es diametralmente opuesta. Cada argumento sobresaliente de la propaganda intervencionista reaparece, en una u otra forma, en las declaraciones del presidente cuando intenta justificar su política de intromisión.²⁶ [e ilustra]

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ John Kenneth Turner, *Hands off Mexico!*, *op. cit.*, p. 44. Pocos años después Turner volvería a emplear trozos de citas de algunos discursos del presidente Wilson para demostrar las contradicciones en las que caía y el engaño en que mantenía al pueblo norteamericano. Sin duda su trabajo fundamental al respecto está contenido en el libro: *Shall it be again?*

nuestra “expedición punitiva” proporciona el extraño espectáculo de un gobierno poderoso invadiendo el territorio de un vecino más débil para aliviar una situación de desorden de la cual es responsable. Habiendo negado a Carranza las armas absolutamente necesarias para el patrullaje efectivo de la frontera, justificamos nuestra expedición basándonos en que ¡Carranza era incapaz de patrullar la frontera con eficacia!²⁷

Sin duda, “la intervención en México ha sido determinada por Wall Street y la administración de Wilson. El plan es acabar con ellos antes de que las fuerzas que trabajan para la auténtica democracia, desorganizadas durante la guerra y aún a la defensiva, hayan tenido un periodo de paz legal en que organizarse y exponer los crímenes del pasado”.²⁸ En conclusión, lo que “queremos es México. Ése es el meollo del asunto, y a veces se dice así, con estas mismas palabras. Lo que simplifica toda la discusión a una proposición puramente lucrativa”.²⁹

Pese a la presión ejercida por las compañías petroleras —especialmente a través de Doheny y sus reprobables alianzas con Antonio Peláez— la posición del gobierno mexicano se mantuvo inquebrantable. Carranza no cejó en su posición firmemente nacionalista. Todavía más desencantado por la evolución de los hechos, Turner añadió:

aunque pueda comprender los motivos del Wall Street, no puede desatar una guerra contra México sin el visto bueno de la Administración en Washington. La crisis actual no hubiera podido surgir sin la cooperación de estos señores y la Administración de Wilson. La propaganda intervencionista no tendría más importancia que el aullido de un chacal, si los intervencionistas no tuvieran el apoyo del gobierno de Estados Unidos.³⁰

La Revolución ha implantado reformas destinadas al bienestar y progreso del pueblo mexicano. El gobierno trata de respetar y de consolidar los derechos existentes, pero no puede aceptar el principio de que la libertad de los mexicanos para gobernarse de acuerdo con sus propias necesidades esté limitada. Siendo así los hechos, el único curso natural a seguir es “apelar al pueblo norteamericano, dejando de lado la política de Wilson, apelando a la opinión pública para que se pronuncie en contra de la política puramente imperialista que se ha seguido con México”.³¹ Abogó por el derecho que el gobierno mexicano tenía para

²⁷ *Op. cit.*, p. 79.

²⁸ *Ibidem*, p. 4.

²⁹ *Ibidem*, p. 24.

³⁰ *Ibidem*, p. 71.

³¹ *Ibidem*, p. 72.

dictar las medidas que juzgara más convenientes con respecto a su petróleo, haciendo caso omiso de las consecuencias que con ello provocara en Wall Street.

Y, efectivamente, la historia mexicana de aquella época prueba que la firmeza de la política nacional con respecto a las riquezas del subsuelo no se resquebrajó con las presiones y amenazas de los inversionistas norteamericanos.

Muy poco tiempo después, habiendo fracasado su proyecto de una Liga de Naciones y sin popularidad alguna entre el pueblo, Wilson, derrotado en su política internacional, entregaba la presidencia a Harding. El cambio no implicó modificaciones en la actitud oficial de Estados Unidos para con México. Ya fuera con los Tratados de Bucareli, o en las soluciones a medias que logró Calles con sus "actos positivos", o en la presión que se ejerció para otorgar el reconocimiento diplomático, o en las nuevas amenazas de intervención, o en el conflicto religioso, los intereses norteamericanos siempre estuvieron presentes. Como presente ha estado siempre esa conciencia crítica de algunos norteamericanos —De Bekker, Inman, Turner—, cuyo compromiso internacionalista significó y significa la denuncia de la injustificable injerencia de los gobiernos norteamericanos en la vida de otras naciones.